

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Hurtado de Mendoza: campaña de Arauco. Fundación de Cañete y repoblación de Concepción (1557-1558)

1. Don García Hurtado de Mendoza pasa el río Biobío a la cabeza de todas sus tropas. 2. Batalla de las Lagunillas o de Biobío. 3. Marcha el ejército español al interior del territorio araucano. 4. Batalla de Millarapue. 5. Reconstrucción del fuerte de Tucapel. 6. Combates frecuentes en los alrededores de esta fortaleza. 7. Fundación de la ciudad de Cañete y repoblación de Concepción. 8. Combate del desfiladero de Cayucupil.

1. Don García Hurtado de Mendoza pasa el río Biobío a la cabeza de todas sus tropas

Desde mediados de octubre de 1557, don García estaba listo para abrir la campaña contra los indios¹. Distribuyó sus tropas en compañías, poniendo a la cabeza de cada una de ellas un capitán de toda su confianza, y dejó bajo sus inmediatas órdenes otra de cincuenta arcabuceros montados. El importante cargo de maestre de campo, correspondiente al de jefe de estado mayor de los ejércitos modernos, fue confiado al capitán Juan Remón. Formó, además, el Gobernador una especie de compañía o columna de doce clérigos y frailes, que debía marchar en formación, a la vanguardia del ejército, pero detrás de los explorado-

¹ Cuenta el cronista Góngora Marmolejo, que en esos momentos, estando para partir don García, llegó a Concepción el presbítero Rodrigo González Marmolejo, Obispo presentado por el Rey para la diócesis de Santiago, llevando doce buenos caballos de silla y un navío cargado de bastimentos. Habría sido éste un donativo generoso con que quería contribuir para la prosecución de la guerra. El presbítero González Marmolejo era, como se sabe, uno de los encomenderos más ricos de Santiago, y tenía una crianza de caballos. Por otra parte, no sería extraño que quisiera congraciarse con el Gobernador, a quien se suponía de un valimiento ilimitado en la Corte, y cuyo padre se mostraba muy predispuesto contra ese sacerdote. Pero, además de que este hecho no se halla consignado en los otros escritores contemporáneos, no encontramos la menor referencia a él en la correspondencia de don García al Rey, ni en la que dirigía al Virrey su padre. Góngora Marmolejo ha confundido este donativo con el que recibió el Gobernador de los encomenderos de Santiago cuando se hallaba en la Quiriquina, y que, como ya dijimos, era un donativo forzoso, arrancado a esos encomenderos por los agentes de don García. En este donativo cupo una buena parte al obispo electo González Marmolejo que era quizá el hombre más rico de la colonia. Según el proceso de residencia de don García, la cuota pagada por el futuro Obispo alcanzó a 10.500 pesos en: trigo, maíz, ovejas, puercos, manteca y otras especies. Este donativo, sin embargo, no le conquistó el favor ilimitado de don García. En efecto, como las leyes existentes prohibieran a los obispos tener encomiendas, aunque el presbítero González Marmolejo no hubiera entrado en posesión de la mitra, el Gobernador le mandó quitar el rico repartimiento de indios que tenía en Quillota, y se lo dio a Juan Gómez de Almagro.

res, llevando en alto una cruz como signo seguro de victoria. Uno de ellos era el licenciado Vallejo, maestre escuela de la catedral de Charcas y confesor de don García.

La devoción del Gobernador se manifestaba también en otras demostraciones. Aquellos toscos soldados, tan dispuestos a violar los más vulgares principios de humanidad, debían asistir a todas las distribuciones religiosas, a las pláticas y sermones que se hacían en el campamento, y confesarse y comulgar con frecuencia. "Estos sacramentos, dice un escritor contemporáneo, son las armas más principales para vencer a los enemigos"². Don García habría considerado una blasfemia digna de la hoguera el que se le hubiese observado que los araucanos, sin llevar cruces en sus ejércitos y sin conocer la confesión y la comunión, habían seguido desde cuatro años atrás una carrera casi no interrumpida de los más singulares triunfos.

Deseando infundir confianza a sus soldados, y demostrarles que los indios eran enemigos despreciables, el Gobernador ejecutó un acto de temerario arrojo que pudo haberle costado caro. Seguido de veinticinco arcabuceros de su compañía y de cinco jinetes, atravesó el Biobío en una barca, dejó a aquéllos al cuidado de la embarcación en la ribera sur del río, y él, seguido de los otros cinco compañeros, se internó dos leguas en el territorio enemigo. Esta correría inútil y temeraria, no encontró la menor contrariedad. Los indios de guerra no andaban por aquellos lugares; y don García pudo volver a su campamento sin necesidad de desenvainar la espada³.

Pero si era posible ejecutar esta operación, el paso del río por todo el ejército ofrecía mayores dificultades. Las tropas españolas constaban de seiscientos hombres; y a más de un copioso material de guerra, tenían que llevar cerca de mil caballos, provisiones de boca, una cantidad considerable de puercos enviados de Santiago para alimento de la tropa y como cuatro mil indios auxiliares reunidos, en su mayor parte en los campos vecinos a Concepción. El transporte de estas fuerzas y de todo este material de guerra de un lado a otro del anchuroso Biobío, debía ocupar algunos días, durante los cuales los araucanos podían atacar con ventaja a los españoles. Para desorientar al enemigo, el Gobernador mandó gente a cortar maderas para la construcción de balsas algunas leguas más arriba del lugar por donde tenía determinado pasar el río. Mientras los indios esperaban ver llegar a los españoles y se disponían a disputarles el paso, don García hacía entrar por la embocadura del Biobío las embarcaciones menores de sus naves llevando una parte de sus tropas, para dejarlas en tierra en la ribera opuesta, a corta distancia del mar. El resto de su ejército salió del campamento en la noche del 1 de noviembre, y desde el amanecer del día siguiente

² Crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 3.

³ Carta de don García al marqués de Cañete, virrey del Perú, escrita en la ciudad de Cañete el 24 de enero de 1558. El hecho referido en el texto puede razonablemente ponerse en duda. No se halla consignado en los cronistas contemporáneos, y consta solamente de la relación del mismo Gobernador que acabamos de citar. Esta relación, reunida por Muñoz en su valiosa colección de manuscritos, fue copiada por don Claudio Gay y publicada en el tomo I, pp. 180-186, de *Documentos*. Después ha sido insertada en el tomo II de la *Colección de historiadores de Chile*, y en el IV de la *Colección de documentos inéditos* de Torres de Mendoza.

Debemos advertir que las cartas de don García Hurtado de Mendoza, son documentos del más escaso mérito literario, de tal suerte que si no existieran otras relaciones acerca de estos mismos sucesos, apenas podríamos formarnos idea de ellos. Por la amplitud de noticias, por el colorido y la vida de la relación y por el donaire en el decir, las cartas de Valdivia les son inmensamente superiores.

comenzó a pasar el río sin ser inquietado por el enemigo que se hallaba mucho más arriba⁴. El Gobernador activaba este trabajo con toda la energía de su juventud y de su impaciencia. Un marinero italiano de la isla de Lipar, que servía en las embarcaciones, rendido de fatiga por el exceso de trabajo, se escondió para tomar algún descanso y algún alimento. Don García, sin querer oír excusas, mandó ahorcarlo; y como no se hallara en las inmediaciones un árbol en qué ejecutar esta orden, sacó su propia espada y la pasó al alguacil para decapitar al culpable. Los ruegos de los frailes que acompañaban al Gobernador salvaron a aquel marinero de una muerte segura. A pesar de todo el impetuoso empeño de don García, el paso del río ocupó seis días casi completos⁵.

2. Batalla de las Lagunillas o de Biobío

El 7 de noviembre se halló reunido en la ribera sur del Biobío todo el ejército español. A las tropas salidas de Concepción, se había reunido el refuerzo de la Imperial, compuesto de cincuenta o sesenta veteranos de gran experiencia en la guerra, y de una provisión de ganado de cerda, que, por lo que se ve, se había propagado rápidamente en las ciudades del sur. El Gobernador emprendió la marcha el mismo día, dejando alguna tropa al cuidado de las embarcaciones que quedaban en el río.

Delante del ejército, y como a media legua de distancia, marchaban cincuenta hombres bien montados que, repartiéndose por todos lados, debían servir de exploradores. Enseguida iban los doce sacerdotes llevando levantada la cruz, dando así a la marcha del ejército el aspecto de una procesión religiosa. Detrás de ellos seguía don García escoltado por la compañía de su guardia y, luego, todo el ejército convenientemente distribuido. El estandarte real era llevado en el centro por el alférez general don Pedro de Portugal y por el licenciado Santillán, teniente de gobernador. Cada compañía tenía, además, su estandarte particular que llevaba el alférez, puesto de honor y de confianza inferior sólo al de capitán o jefe de ella. Comparado con las escasas huestes de Valdivia, el ejército de don García, tanto más numeroso, perfectamente equipado, provisto de cascos y corazas relucientes, de las mejores armas de ese tiempo y de músicas militares, debía ofrecer un golpe de vista capaz de imponer y de desalentar a enemigos menos empecinados y resueltos que los arrogantes guerreros araucanos.

Después de una corta marcha, sin alejarse mucho de las orillas del río, para tomar el camino de Arauco, el ejército fue a acampar en un llano cubierto aquí y allá por algunos grupos de árboles. Al lado del campamento se extendía una laguna de poco fondo, bordeada en su mayor parte por las laderas de los últimos cerros que se desprenden de la cordillera de la Costa⁶. Esos campos se veían enteramente desiertos. Nada parecía indicar que hu-

⁴ Góngora Marmolejo, cap. 25, refiere que el capitán Juan Bautista Pastene, que debía haber llegado recientemente de Santiago, dirigió en esas circunstancias la construcción de una balsa que sirvió eficazmente para pasar los caballos. Las otras relaciones no contienen esta noticia.

⁵ Carta citada de Hurtado de Mendoza. Mariño de Lobera, lib. II, cap. 3; Góngora Marmolejo, cap. 25; Suárez de Figueroa, lib. II.

⁶ Ercilla ha indicado el sitio del campamento en la est. 6 del canto XXII de *La Araucana*. Comparando las noticias consignadas en las crónicas y documentos con los mapas modernos, se ve que don García ha debido pasar

biese el menor peligro en pasar allí la noche, y los soldados se prepararon para tomar algunas horas de descanso. Sin embargo, don García fue advertido, probablemente por los indios auxiliares, de que el enemigo se hallaba en las inmediaciones. Deseando evitar un combate nocturno, que podía ser peligroso para su ejército, el Gobernador subió a un cerro vecino, con la intención de explorar el campo; y no descubriendo cosa alguna que le infundiese recelos, mandó avanzar al capitán Reinoso con unos veinte jinetes para adelantar la exploración.

Los indios de guerra, en efecto, estaban allí cerca. Después de haber esperado a los españoles para atacarlos en el paso del río algunas leguas más arriba, se habían visto burlados en su expectativa; y dirigiéndose al poniente por entre las serranías de la costa, venían a cortarles el camino para el interior de sus tierras. Dos soldados castellanos que se habían apartado del ejército para coger frutillas en el campo, fueron asaltados por un número considerable de indios. Uno de ellos, llamado Hernando Guillén, que trató de defenderse, fue inhumanamente descuartizado por los bárbaros. El otro, nombrado Román Vega Sarmiento, mucho más afortunado, logró salvarse de sus manos y llevar al campamento el aviso de la proximidad del enemigo.

El capitán Reinoso también se había encontrado con los indios por otro lado. Hallándose a una legua del cuartel general, se vio de repente acometido por espesos pelotones de bárbaros contra los cuales no podía empeñar batalla con los escasos soldados que lo acompañaban. Dando a su campamento el aviso de lo que ocurría, Reinoso comenzó a retirarse; pero las condiciones del terreno, la abundancia de charcos y de pantanos, no permitían a sus caballos andar tan aprisa como convenía para sustraerse a la persecución. En algunos pasos se vio obligado a dar cara a los enemigos para escarmentar a los que estaban más obstinados en perseguirlo. Aunque en estos choques los españoles no perdieron un solo hombre, el solo hecho de su retirada envalentonaba a los indios y les hacía concebir confianza en la suerte de la jornada.

La alarma estaba dada en el campamento español. Los soldados corrían a reunirse bajo sus banderas respectivas; pero reinaba por todas partes la inquietud y la turbación producidas por la fama del valor indomable de los indios y por la inexperiencia del General en jefe. Don García, en efecto, sabiendo que se había visto al enemigo avanzar por dos partes diferentes, se limitó a formar sus tropas y a mandar que el maestro de campo Juan Remón se adelantase con otros treinta hombres a reforzar a Reinoso y a observar lo que pasaba por ese lado. Este auxilio habría servido para favorecer la retirada de las primeras tropas empeñadas en el combate; pero el ardor de los soldados comprometió imprudentemente la batalla.

En efecto, apenas llegados a la vista del enemigo, los soldados de Remón, uno de ellos llamado Hernán Pérez de Quezada, andaluz de nacimiento, salió de la fila preguntando en alta voz: “¡Ah! señor maestro de campo ¿a qué hemos venido aquí?” – “Buena está la pregunta, contestó Remón ¿a qué habíamos de venir sino a pelear?” – “Pues, entonces, ¡Santia-

el Biobío a muy corta distancia del lugar donde hoy se levanta Concepción, y que una vez en la orilla opuesta siguió la misma dirección que lleva ahora el camino que conduce a Coronel y Lota. La laguna de que se habla en el texto o, más bien, la serie de pequeñas lagunas, ha sido conocida de tiempo atrás con el nombre de San Pedro, que también tienen los campos vecinos, por la denominación de un fuerte que levantaron más tarde los españoles a orillas del río.

go! y a ellos”, repuso Hernán Pérez, arremetiendo impetuosamente a los indios con todos los soldados que formaban las fuerzas de Remón y de Reinoso. Aquella carga de cincuenta magníficos caballos, montados por jinetes tan intrépidos como esforzados, fue verdaderamente terrible. Los indios que habían perseguido a los castellanos, atropellados por los caballos, heridos por las lanzas y por las espadas, se vieron obligados a volver caras dejando el suelo cubierto de cadáveres, para ir a reunirse al grueso de su ejército. Los españoles los siguieron largo trecho haciendo destrozos en sus grupos, pero llegaron en la persecución a estrellarse contra una masa más numerosa y más compacta de bárbaros; y convencidos de que no la podrían romper con tan poca gente, les fue forzoso, a su vez, emprender la retirada. No pudiendo marchar tan ligero como convenía, por causa de las ciénagas, eran atacados resueltamente por los indios que los perseguían sin descanso, y estaban obligados a defenderse a pesar del cansancio que les había producido tan obstinada pelea. Muchos de ellos fueron gravemente heridos en aquella retirada. El valeroso Hernán Pérez, después de recibir muchas lanzadas, fue salvado por los suyos casi moribundo.

Don García, entretanto, permanecía en su campamento sin tomar una medida eficaz para rechazar el ataque de los bárbaros. No era, sin embargo, el valor lo que faltaba al joven General. Cuenta él mismo que al saber que el maestre de campo había empeñado la batalla, y que los indios lo tenían en aprieto, montó a caballo para acudir en persona al sitio del peligro; pero que los soldados y en particular los clérigos y frailes que lo rodeaban, se asieron de las riendas de su caballo pidiéndole que no se separase del campo. Ante esta resistencia, se limitó a despachar dos compañías de cincuenta hombres cada una, a cargo de los capitanes Rodrigo de Quiroga y Pedro del Castillo, en auxilio de los españoles comprometidos en la batalla. Aun estas fuerzas no bastaron para contener el empuje de los indios, que seguían avanzando hacia el campamento español.

Los bárbaros aparecían también por otras partes, y amenazaban al cuartel general. Pero aquí había tropas más numerosas, estaban formadas en orden y se sentían dispuestas a no ceder un solo paso. En su primer empuje, los indios, orgullosos con las ventajas alcanzadas ese día, cebados con la confianza de obtener una victoria completa, llegaron a estrellarse contra las filas del ejército de don García. Recibidos a pie firme por los soldados castellanos, no pudieron resistir largo tiempo el fuego de los arcabuces y las puntas de las picas, y se vieron forzados a retraerse al pie del cerro, y cerca de la laguna y de los pantanos que se extendían a su derecha⁷. Aquella posición era perfectamente escogida para sostener una vigorosa resistencia; pero allí mismo fueron atacados con la energía que los españoles sabían emplear en los lances más apurados.

⁷ Ercilla, que ha contado esta batalla con la animación y el colorido que pone en la descripción de los combates, ha referido este incidente en la estrofa 28 del canto xxii. Dice así:

“Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí, más reportados,
El ímpetu y la furia detuvieron,
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrajeron
Al pie de un cerro a la derecha mano
Cerca de una laguna y gran pantano”.

Mientras el capitán Francisco de Ulloa, a la cabeza de una compañía de jinetes, amagaba a los indios por el lado del cerro, la infantería española, mandada personalmente por don Felipe de Mendoza, el hermano natural del Gobernador, los atacaba de frente por en medio de las lagunas y pantanos en que los bárbaros habían creído hallar una defensa. Los castellanos penetraron en la ciénaga con el agua y el barro hasta la cintura, según la expresión de Ercilla, que era de su número; rompieron los fuegos de arcabuz y cargaron con sus espadas haciendo grandes estragos entre los indios que, sin embargo, se defendieron por largo rato con el mayor denuedo. Pero ante la superioridad de las armas de los europeos, y sobre todo de la regularidad y del orden de su ataque, toda resistencia era imposible. Los indios comenzaron a retroceder y, luego, tomaron la retirada entre los árboles que cubrían las faldas del cerro. La persecución de los fugitivos era peligrosa y difícil. No sólo había gran riesgo en aventurarse a renovar el combate entre los bosques de la montaña sino que la hora avanzada de la tarde no permitía prolongar más tiempo la jornada en aquellos lugares escabrosos. Los españoles, dejando el campo sembrado de cadáveres de enemigos, volvieron al campamento con algunos prisioneros⁸.

Uno de éstos fue víctima de un atroz castigo. Don Alonso de Ercilla, que ha consignado este triste episodio, cuenta que un indio a quien llama Galvarino, capturado en el combate por haberse adelantado a sus compañeros, fue conducido al campamento español. Hasta entonces el Gobernador había usado de humanidad con los indios, pero creyendo producir un escarmiento, mandó que a éste le cortasen las dos manos. La orden se ejecutó sin demora. El indio soportó la mutilación sin proferir un quejido, conservando en su rostro la más imperturbable serenidad. Dejado en libertad por sus verdugos, Galvarino pedía que le diesen muerte y, luego, prorrumpiendo en imprecaciones contra los opresores de su raza, corrió a juntarse a los suyos para excitar su venganza⁹.

⁸ Esta jornada, que los historiadores han denominado batalla de las Lagunillas o de Biobío, ha sido brillantemente descrita por Ercilla en el canto xxii de *La Araucana*, y contada con bastante claridad en la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 3. Góngora Marmolejo, que la ha referido con menos prolijidad en el cap. 25, la ha dado a conocer bien en sus principales accidentes. La relación que contiene la carta citada de don García al Virrey, su padre, es muy sumaria y desordenada, pero contiene pormenores que ayudan a dar un conocimiento cabal de los hechos. Suárez de Figueroa, que escribía medio siglo después, que no conocía el país en que estos hechos tuvieron lugar, y que por esto mismo ha incurrido en frecuentes errores geográficos, no ha hecho en esta parte más que cambiar la redacción de la crónica de Mariño de Lobera, agregándole algunos accidentes tomados de Ercilla. La descripción que se halla en los cantos x y xi del *Arauco domado* no carece de animación ni de colorido poético.

La crónica citada dice que la batalla tuvo lugar el 10 de octubre de 1557, fecha que ha copiado fielmente Suárez de Figueroa, en lo que hay un error que quizá es sólo de pluma, escribiendo octubre por noviembre. En efecto, aunque la carta de don García no da la fecha del combate, de ella se desprende que tuvo lugar el 7 de noviembre. Dice allí que el 1 de ese mes salió de Concepción; el 2 comenzó el paso del Biobío, operación que demoró seis días, el último de los cuales tuvo lugar la batalla, cuando apenas se habían alejado un poco de su ribera, según se desprende de los documentos, y como lo dice expresamente el licenciado Diego Ronquillo en la *Relación* de que hablaremos más adelante.

⁹ El episodio de la mutilación de Galvarino ocupa sólo las diez últimas estrofas del canto xxii de *La Araucana*, y constituye uno de los más animados y vigorosos cuadros de este poema. Además de que el hecho ha sido referido en globo por los cronistas contemporáneos, lleva todo el carácter de verdad. Desde luego, Ercilla advierte que él presencié lo que cuenta. Pedro de Oña, que escribía su *Arauco domado* en Lima bajo los auspicios de don García Hurtado de Mendoza, entonces virrey del Perú, y para ensalzar a este alto personaje, no sólo no desmiente a Ercilla sino que cuenta en el canto xii el mismo hecho con mayor amplitud y con otros pormenores, uno de los cuales es que la ejecución tuvo lugar con gran aparato, y después que aquel indio reprochó su traición a los indios que

La batalla de las Lagunillas, o del Biobío, como también se la denomina, era una victoria de las armas españolas, en que los vencedores no habían tenido más que un solo soldado muerto, pero en que sacaron numerosos heridos, muchos de ellos de gravedad. Sin embargo, esa victoria distaba mucho no sólo de ser decisiva, sino de atemorizar a los indios. Además de que el grueso del ejército de éstos había podido retirarse sin ser molestado y sin que se hubiesen tomado las medidas del caso para cortarles el camino de los cerros, en la pelea misma los indios habían hecho retroceder durante la primera parte de la jornada a una buena porción de la caballería de los castellanos, lo que no podía dejar de exaltar el orgullo guerrero de esos bárbaros. Por esto mismo, el día siguiente de la jornada, en el cuartel general español se hacían entre los jefes cargos y acusaciones que no podían dejar de introducir las rivalidades y la desmoralización. El mismo don García, después de oír las excusas que daban algunos capitanes para explicar el hecho de haber comprometido la batalla y de haberse retirado delante de los indios, dijo con la arrogancia que le daban su rango, su juventud y su nacimiento, “que no había ninguno de ellos que tuviese plática de guerra a las veras, sino al poco más o menos, y que vía y sabía que no entendían la guerra, por lo que de ellos había visto, más que su pantuflo”. “Entre los presentes, añade el mismo cronista, tenido fue por blasfemia grande para un mancebo reptar capitanes viejos y que tantas veces habían peleado. Fue causa lo que aquel día dijo para que desde allí adelante en los ánimos de los hombres antiguos fuese mal quisto”¹⁰.

3. Marcha el ejército español al interior del territorio araucano

Por los indios prisioneros en la batalla, supo el Gobernador que pocas leguas más adelante tenía el enemigo un fuerte. Persuadido de que allí le presentaría un segundo combate, don García dispuso en la mañana siguiente la marcha inmediata de su ejército. En efecto, en lo alto de la serranía de Andalicán¹¹, que interrumpe el camino más o menos llano de la costa, halló un fuerte de palizadas que sus soldados ocuparon sin resistencia. Los indios lo habían desamparado replegándose al interior, de tal suerte que no se veía un solo enemigo en todas

servían como auxiliares de los españoles. Para justificar la dureza del Gobernador, Oña supone que Galvarino era el indio que había dado muerte alevosa al soldado Guillén al comenzar la batalla. Suárez de Figueroa introdujo el mismo incidente en el lib. II de los *Hechos de don García*; y después de él lo han contado casi todos los cronistas e historiadores subsiguientes.

El licenciado Diego Ronquillo, que acompañó a Hurtado de Mendoza en esta campaña, es autor de una curiosa, pero muy sumaria *Relacion de lo ocurrido en Chile durante el tiempo que asistió en dicho reino*. No cuenta allí la mutilación de Galvarino, que en realidad no podría entrar en el estrecho cuadro que se había trazado en ese escrito, pero sí refiere que a los indios que cayeron prisioneros en esta jornada, se les dejó en libertad después de haberles hablado don García y los frailes que lo acompañaban, en favor de la paz y de haberles requerido que comunicasen a sus compatriotas las intenciones pacíficas del Gobernador. Es probable que ésta fuera la suerte de los otros prisioneros, puesto que sólo se habla del castigo de uno solo.

La *Relacion* de Ronquillo, conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid, fue publicada por don Pascual de Gayangos como apéndice de la historia de Góngora Marmolejo, y ha sido reproducida en el tomo II de la *Colección de historiadores de Chile*.

¹⁰ Góngora Marmolejo, cap. 25.

¹¹ Hemos dicho que la serranía de Andalicán es la de Colcura, en cuyas faldas inferiores está hoy situado Lota.

las inmediaciones. En aquel lugar se estableció el cuartel general de los españoles, y se mantuvo allí durante dos días para curar los heridos de la jornada anterior. Aunque de allí salieron algunas partidas exploradoras a reconocer los campos vecinos, todas ellas llevaban el encargo expreso de don García de no hacer daño alguno en los sembrados ni en las habitaciones de los indios. Antes de partir de este sitio, se supo en el campamento que un temporal de norte había destruido la embarcación que los expedicionarios habían dejado en el Biobío, con pérdida de tres soldados y de otros tantos negros. La retirada al norte en caso de un contraste, se hacía, pues, mucho más difícil; pero este contratiempo no los desalentó un instante, tanta era la confianza que tenían en su poder y en sus recursos.

Al recomenzar la marcha hacia el sur, los asaltaba, sin embargo, un justo temor. Tenían delante la terrible cuesta de Mariguenu o de Villagrán, teatro de uno de los más espantosos desastres que habían experimentado los españoles. En sus ásperas laderas, en los tupidos bosques y en los espesos matorrales que las cubrían, podían los indios haber preparado peligrosas emboscadas. Fue necesario comenzar por hacer prolijos reconocimientos; sin embargo, el enemigo no se presentó por ninguna parte. En esos funestos parajes, los españoles encontraron el suelo cubierto con los huesos insepultos de sus compatriotas; pero llegaron hasta los llanos de Laraquete y de Arauco sin encontrar la menor resistencia.

Quince días permanecieron allí los expedicionarios. Don García había tenido la precaución de hacer salir de la bahía de Concepción dos buques cargados de provisiones que seguían a su ejército. En el puerto de Arauco se desembarcaron los víveres necesarios para las tropas, lo que permitía cumplir escrupulosamente la orden de no tocar las comidas de los indios. El Gobernador, en efecto, persistía en su quimérico plan de reducir a los bárbaros por la benevolencia y las promesas amistosas. Los prisioneros que tomaban sus avanzadas eran tratados afectuosamente, y después de darles ropas y otros obsequios, eran puestos en libertad para que llevasen a sus caudillos palabras de paz y de conciliación. Muy pocos de ellos volvían al campamento, y éstos llegaban a comunicar las amenazas y fieros de sus jefes que no pensaban más que en pelear, y que tenían la confianza de destruir el nuevo ejército invasor como habían destruido el de Valdivia.

Continuando su marcha al sur, el mismo don García tuvo ocasión de convencerse de la ineficacia de sus sistemas de reducción, y de que las amenazas de los indios no eran simples bravatas. Las partidas que se alejaban de su campo estaban obligadas, con frecuencia, a sostener rudos combates con los indios que las asaltaban. Una de ellas, mandada por el contador Arnao Segarra y Ponce de León, que como todos los empleados civiles servía en el ejército en las ocasiones de guerra, fue atacada por un escuadrón de indios. Después de un corto combate, los bárbaros se refugiaron a una ciénaga donde dieron muerte a un español que imprudentemente los había perseguido hasta allí. El Gobernador, reprochando este contratiempo a Arnao Segarra, envió nuevas fuerzas en contra de esos indios; pero éstos habían abandonado el sitio, y no fue posible darles alcance. Los castellanos, en cambio, hallaron en unas chozas vecinas uno de los cañones que cuatro años atrás habían quitado los araucanos al ejército de Villagrán en la cuesta de Mariguenu. Los bárbaros conservaban esa pieza como trofeo de victoria, pero no sabían hacer uso de ella.

Mientras tanto, a cada instante se confirmaban las noticias que se tenían de los aprestos bélicos de los indios. Un reconocimiento practicado por Rodrigo de Quiroga hizo saber que al lado de la montaña había un camino cerrado por muchos árboles tendidos en el suelo, lo que hacía sospechar que allí se había preparado una emboscada. Siendo imprudente mar-

char por esa parte, el ejército siguió por el camino inmediato a la costa hasta un lugar llamado Millapoa o Millarapue, tres o cuatro leguas al sur del sitio en que se había levantado el fuerte de Arauco. En la tarde del 29 de noviembre, don García acampó allí con todas las precauciones que podía inspirarle el temor de la proximidad del enemigo.

4. Batalla de Millarapue

Al amanecer del siguiente día, 30 de noviembre, las trompetas y chirimías despertaban al campamento de los castellanos. El ejército debía oír la misa de cada mañana antes de recomenzar la marcha. Los acordes de las músicas militares fueron contestados a la distancia por los desapacibles sonidos de las bocinas de los indios y por una amenazante gritería. Un cuerpo de ocho a diez mil guerreros araucanos, después de caminar toda la noche para dar una sorpresa nocturna al campo de don García, llegaba al amanecer. Creyendo que las músicas militares eran la señal de que habían sido descubiertos en su marcha, lanzaban sin recelo los gritos y alaridos de rabia con que solían entrar en combate.

Los indios se presentaban por tres puntos diferentes. Caupolicán, montado en un caballo blanco y llevando en sus hombros una capa de grana, probablemente obsequio de don García a alguno de los indios que lo habían visitado, era quien mandaba aquel ejército y, en efecto, marchaba al frente de una división. Los españoles, por su parte, corrieron inmediatamente a formar sus filas, y en poco rato estuvieron en situación de entrar en combate. Pero les fue forzoso aguardar al enemigo que se hallaba lejos todavía, y que avanzaba por terrenos accidentados en los cuales no habría podido hacerle daño la artillería si hubiese roto sus fuegos.

Cuando los enemigos se hubieron acercado algo más al campo español, el mismo don García con una buena parte de su infantería y con sus cañones, se dispuso a rechazar el ataque del cuerpo más numeroso de los indios que encimaba una loma situada en frente de su ala derecha. Pero apenas empeñado el combate por esta parte, el Gobernador comprendió que el verdadero peligro estaba en su ala izquierda. Una gruesa división araucana avanzaba resueltamente por ese lado. La caballería española, mandada por don Luis de Toledo, que había empeñado el ataque contra esa división, no había podido romperla "por estar tan cerrada y tener tan bien ordenada la piquería, dice un contemporáneo, como si fueran soldados alemanes muy cursados y expertos en semejantes ocasiones". Los indios despedían nubes de flechas y de piedras lanzadas con sus hondas, y aquellos maderos cortos o garrotes que, arrojados a la cabeza de los caballos, los hacían encabritarse y retroceder, sin que los jinetes pudieran dominarlos. Al ver el conflicto en que por este costado se hallaba su caballería, el Gobernador hizo revolver sus cañones, y abocándolos contra una ladera en que se hacía fuerte esa división, mandó romper los fuegos. Las balas iban dirigidas "con tanta destreza, dice el mismo cronista, que a las primeras rociadas se abrió el escuadrón dividiéndose en varias partidas, dando entrada con facilidad a la caballería, la cual desbarató a los enemigos alanceando a muchos de ellos y poniendo a los demás en huida con mucha pres- teza".

Pero la batalla se sostenía con todo ardor en la derecha del campo castellano. Los indios, reforzándose en una ondulación cubierta de árboles que hacía el terreno entre dos lomas, se defendían vigorosamente contra los ataques de los infantes. El combate estaba allí muy

encarnizado, y los dos bandos se disputaban el campo con singular arrojo. Cuando los castellanos creían que empezaban a arrollar al enemigo en ese sitio, los indios recibieron el refuerzo de nuevas mangas de guerreros de la otra división que todavía no había entrado en la pelea. Hubo un momento en que el triunfo de los araucanos pareció inevitable en este lado. El maestre de campo Juan Remón alentaba a los suyos casi sin resultado, cuando llegó en auxilio de los españoles otra compañía de arcabuceros. Servía en ella el valeroso don Alonso de Ercilla, el insigne cantor de *La Araucana*. Incitado por su nombre por el maestre de campo, para entrar prontamente en la pelea a conquistar la gloria a que aspiraban los buenos caballeros, don Alonso, seguido de algunos de los suyos, se lanzó resueltamente al bosque que cubría la quebrada. El combate fue renovado con mayor ardor; pero en esos momentos, don García, vencedor de los bárbaros que lo habían atacado por el flanco izquierdo, acudía con nuevas fuerzas por ese lado y arrollando una encarnizada resistencia, decidía la victoria completa en todo el campo. Dos horas después de mediodía, los indios huían en todas direcciones, perseguidos tenazmente por los españoles, dejando cerca de mil muertos y cerca de otros tantos prisioneros tomados en la fuga¹².

Los vencedores creyeron que esta sangrienta jornada escarmentaría definitivamente a los indios, haciéndoles comprender que el poder de los españoles era irresistible. En efecto, éstos tenían muchos heridos y habían perdido algunos caballos y probablemente también algunos indios auxiliares; pero no contaban un solo castellano muerto. De entre los centenares de prisioneros cogidos en la pelea, don García hizo apartar veinte o treinta que parecían caciques o caudillos y mandó ahorcarlos en los árboles vecinos. De este número fue el indio Galvarino que con sus brazos mutilados después de la batalla anterior, había vuelto a la guerra, y con fogosos discursos incitaba a los suyos a pelear sin descanso contra sus opresores. Los contemporáneos han referido con los más animados colores la energía heroica desplegada por este indio delante de los opresores de su patria, y la valentía con que afrontó el último suplicio. Otro cacique que había servido a los españoles en tiempo de Valdivia, y por el cual se interesaron algunos de los capitanes castellanos, viéndose llevado a la horca, pidió por única gracia que lo colgasen del árbol más alto para que todos vieran que había muerto en defensa de su suelo¹³. Uno de los antiguos cronistas lo designa con el nombre de Libanturén.

¹² La batalla de Millarapue ha sido contada con bastante claridad en la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 4, que nos sirve de guía principal en lo que dejamos escrito en el texto, y que ha sido fielmente seguida por Suárez de Figueroa. La relación de Ercilla, consignada en los cantos XXV y XXVI, está recargada de episodios y de combates personales que distraen la atención del lector, y no le permiten comprender bien el conjunto de las operaciones. Menos precisa, aunque mucho más corta, es la descripción de Góngora Marmolejo, cap. 26.

La carta antes citada de don García Hurtado de Mendoza no destina a esta batalla más que unas pocas líneas, y ellas son de tal manera confusas que no explican nada. Así, refiriéndose, sin duda, al principio del combate, dice: "y no se pudo jugar el artillería por estar en unas quebradas"; lo que haría creer que los cañones no fueron de la menor utilidad en esta jornada, si las otras relaciones no sirvieran para explicar mejor las cosas.

¹³ La ejecución de estos prisioneros está contada con riqueza poética por Ercilla en el canto XXVI. La consignan también Góngora Marmolejo y Mariño de Lobera en los lugares citados. Don García, en la carta dirigida al Virrey, dice simplemente estas palabras: "Yo hice justicia de veinte o treinta caciques que se cogieron vivos, que eran los que traían desasosegada la tierra". El licenciado Ronquillo en la relación citada dice, sin embargo, lo que sigue: "Se tomaron algunos indios e indias, y los vi soltar y no les hacer mal tratamiento, y los frailes tenían de esto y el dicho don García mucho cuidado". Parece que este licenciado tenía interés en ocultar los horrores de la guerra para encomiar la humanidad del Gobernador.

5. Reconstrucción del fuerte de Tucapel

Aquel desastre quebrantó el poder de los indios, pero no doblegó su entereza. Retirados a los bosques de la cordillera de la Costa, rechazaron todas las proposiciones de paz que don García les hizo por medio de los prisioneros a quienes devolvía su libertad. A los mensajeros que pedían su sumisión a los conquistadores, el empecinado Caupolicán contestó enérgicamente que aun cuando fuese con tres hombres había de continuar la guerra contra los opresores de su patria. En su arrogancia indomable, mandó desafiar formalmente a don García, “como si él fuera hombre de gran punto”, dice el mismo Gobernador¹⁴.

Mientras tanto, el día siguiente de la batalla de Millarapue, esto es, el 1 de diciembre, don García proseguía sus trabajos militares. Comenzó por celebrar en su campo una fiesta religiosa para dar gracias al cielo por la victoria que acababa de obtener, y que más que al valor de sus soldados y a la superioridad de sus armas, atribuía a la protección divina. Enseguida, despachó ciento cincuenta soldados a explorar los campos vecinos. Éstos volvieron luego sin haber hallado un solo indio en todas las inmediaciones. Habían llegado hasta el sitio en que el enemigo había estado acampado antes de dar la batalla. Hallaron allí los restos de los horribles banquetes de los bárbaros, huesos y cabezas de soldados españoles, probablemente merodeadores cogidos por los indios en los bosques, y devorados ferozmente en las fiestas en que éstos se preparaban para el combate¹⁵. Pero esos lugares habían sido abandonados, y todos esos campos estaban absolutamente desiertos.

No habiendo nada que hacer allí, el ejército emprendió su marcha al sur el 2 de diciembre. El Gobernador redobló su vigilancia para que ningún soldado se apartase de la columna, y tomaba todas las precauciones del caso para impedir cualquier sorpresa. En el camino hallaron los conquistadores gran abundancia de mantenimientos no sólo en los sembrados de los indios, que entonces comenzaban a llegar a su madurez, sino en las casas y cuevas donde éstos habían ocultado sus provisiones. Don García, abandonando el sistema de no tocar la propiedad del enemigo, y convencido de que esa conducta no daba los resultados que esperaba, tomó en estos lugares los víveres necesarios para la manutención de sus tropas.

Después de tres jornadas de marcha, sin hallar en ninguna parte enemigos ni resistencia, el ejército llegó a acampar al sitio mismo donde cuatro años atrás habían sido destrozados y muertos el gobernador Valdivia y todos sus compañeros. Fue aquél un día de dolor y de tristes recuerdos para los expedicionarios. Hubieran querido encontrar en esos lugares un ejército enemigo para vengar aquel sangriento desastre; pero todo parecía desierto en los alrededores. Los indios habían quemado sus propias casas, ocultando sus víveres, para asilarse

¹⁴ Carta citada al Virrey, marqués de Cañete.

¹⁵ La crónica de Mariño de Lobera, lib. II, cap. 5, refiere que en el campamento de los indios, los exploradores “hallaron algunos huesos y cabezas frescas de españoles, cuyas carnes habían los indios comido rabiosamente”. El hecho no es en manera alguna improbable, puesto que los bárbaros eran antropófagos y tenían la costumbre de comerse a los prisioneros de guerra; pero ni esa crónica ni ninguna de las relaciones que conocemos, dice cómo ni dónde fueron tomados los españoles cuyos tristes despojos se hallaron en el campamento de los indios. Seguramente eran soldados dispersos que se alejaban del cuartel general inducidos por el espíritu de merodeo, y que caían en las emboscadas de los indios. Las repetidas órdenes del Gobernador para prohibir estas correrías aisladas, prueban que eran frecuentes en el ejército español.

en los bosques, firmemente rebeldes a toda proposición de someterse a los conquistadores. A corta distancia de ese sitio quedaban todavía en pie las ruinas del fuerte de Tucapel, que había construido Valdivia, y que sus soldados habían tenido que abandonar. Allí trasladó don García su campamento; y desplegando una actividad febril, en tres días de incesante trabajo, hizo construir un muro de piedra y barro con dos torreones a sus extremos para colocar la artillería. El foso del antiguo fuerte, que no había sido cegado por los indios, fue adaptado al resguardo de la nueva fortificación. Esta obra militar construida tan apresuradamente, sólo podía constituir una defensa contra los ataques de esos bárbaros que tenían tan escasos elementos de guerra.

6. Combates frecuentes en los alrededores de esta fortaleza

Don García se lisonjeaba, sin duda, con la idea de que la fundación de esta fortaleza asentaría la dominación española en esta región del territorio. Sin embargo, los indios se mostraban cada día más obstinados en su sistema de guerra. La experiencia les había enseñado que no debían atacar a los españoles en su campamento, y se conservaban retraídos en los bosques y en las montañas; pero cada vez que podían caer sobre un destacamento castellano, renovaban la lucha con el mismo tesón, demostrando así que estaban resueltos a soportarlo todo antes que someterse a sus antiguos opresores.

Los actos de clemencia que solía ejercer el Gobernador con los indios que apresaban sus partidas de exploradores, no servían para desarmarlos. El capitán Francisco de Ulloa, encargado de reconocer la costa cerca de la embocadura del río Lebu, para deshacer las juntas de indios que hallase en las inmediaciones, había encontrado en una quebrada cerca del mar un gran número de ellos ocupados en recoger marisco. Habiendo aprehendido a muchos de ellos con sus mujeres y sus niños, los llevó al campamento de don García. Allí fueron tratados humanamente, y despachados enseguida a llevar a los suyos palabras de paz. Pero, como lo observa un antiguo cronista, esta conducta no hacía más que ensoberbecer a los indios que “por ser bárbaros no entendían el intento de quien por tal camino pretendía averiguarse con ellos”.

Los españoles estaban obligados a batirse cada día con las partidas de indios que andaban en las inmediaciones. En una ocasión llevaron éstos su insolencia hasta acercarse al fuerte de Tucapel, y sorprendieron a cuatro soldados que andaban en el campo. Sólo uno de ellos logró escaparse de las manos de los indios, y llevar al fuerte la noticia de la proximidad del enemigo. En el acto salieron de la plaza algunos jinetes en persecución de los indios; pero éstos se metieron en un espeso bosque y fue imposible darles alcance. Este contratiempo era tanto más sensible para los españoles cuanto que uno de los tres soldados muertos era el único herrero que había en el ejército para la compostura y reparación de las espadas.

Al oriente de Tucapel, en las faldas occidentales de la cordillera de Nahuelbuta, en un sitio llamado Cayucupil, se habían reunido los bárbaros en número considerable para celebrar una de esas juntas en que, en medio de fiestas y borracheras, trataban los negocios de guerra. Instruido don García de estos aprestos, resolvió sorprender y castigar a los indios. Dispuso con este objetivo que saliesen de la plaza dos compañías, una de infantes y otra de jinetes, bajo las órdenes de su hermano don Felipe de Mendoza y del capitán Alonso de

Reinoso; y que, marchando de noche, cayesen de improviso sobre el campo enemigo. La oscuridad de la noche y lo montuoso del camino que debían recorrer, retardó, sin embargo, su marcha y los tuvo desordenados y dispersos hasta el amanecer. Los indios, por su parte, estaban tan descuidados, contra su costumbre, que no tenían avanzadas en las inmediaciones de su campo. Al despuntar el día, los soldados de Mendoza y de Reinoso pudieron reunirse y caer de sorpresa sobre los indios desprevenidos. En el primer ataque introdujeron el pavor y la confusión, lanceando a los enemigos que encontraban a mano. Pero la hora oportuna para una victoria decisiva había pasado. Los indios, perfectos conocedores de las localidades, buscaron su salvación en la fuga en los bosques de la montaña vecina, y fue imposible darles alcance. En su precipitación, dejaron abandonados sus bastimentos que recogieron los españoles para transportarlos a Tucapel, donde debían ser de gran utilidad.

El desbarate de otra de esas juntas de guerra de los indios, estuvo a punto de costar muy caro a los conquistadores. Se habían congregado, a fines de diciembre de 1557, a pocas leguas al sur del campamento, en el valle regado por el río Paicaví. Eran en su mayor parte los mismos indios apresados pocos días antes por el capitán Francisco de Ulloa y puestos en libertad por el Gobernador. El capitán Rodrigo de Quiroga, encargado de recorrer aquellos lugares, salió con sólo cuarenta hombres de caballería. Los indios, por su parte, estaban prevenidos de su marcha, y se limitaron a ocultarse en las inmediaciones y a dejar pasar libremente a los españoles sin oponerles estorbo alguno. Cuando Quiroga dio la vuelta, se encontró encerrado en una quebrada por un numeroso cuerpo de enemigos que le obstruía el paso. Los indios se habían provisto de unos gruesos tablones que usaban a manera de escudos para ponerse a cubierto de las balas de los arcabuces. En el primer momento, sin embargo, doce jinetes mandados inmediatamente por el valeroso Alonso de Escobar, consiguieron abrir el camino para toda la columna poniendo a los indios en dispersión; pero nuevas mangas de guerreros acudían presurosos a auxiliar a éstos, y volvían a cerrar el paso a los españoles.

Hubo un momento en que la situación de los castellanos llegó a ser casi desesperada. Los indios lanzaban gritos aterradores, y creían segura su victoria. Quiroga, sin embargo, no se desanimó; y, aunque casi convencido de que iba a ser derrotado, quiso al menos que el enemigo pagase caro su triunfo. “¡Ea, compañeros y amigos!, gritaba a los suyos: hasta ahora hemos peleado por la victoria: ahora vamos a pelear por nuestras vidas”. Los castellanos, alentados por el ejemplo y por las palabras de su ardoroso jefe, se batieron con tal denuedo que lograron desconcertar al enemigo, matándole alguna gente, y abrirse paso para llegar al campamento de don García. Allí fueron recibidos con una salva de artillería para celebrar este acto de audacia que había salvado a cuarenta hombres de un desastre que parecía inevitable. Aunque el altanero Gobernador era muy poco inclinado a aplaudir la conducta de sus subalternos, no pudo menos de decir a Rodrigo de Quiroga: “De capitanes tan valerosos como vuestras mercedes, no esperaba yo menos de lo que veo”¹⁶.

¹⁶ Estos frecuentes combates en los alrededores de Tucapel, están prolijamente contados en la crónica de Mariño de Lobera, lib. II, caps. 5 y 6. Este capitán asistió a la jornada de Paicaví al lado de Quiroga. Los cuenta también con menos incidentes y con algunas variaciones Góngora Marmolejo en el cap. 27, y los recuerda muy sumariamente el mismo don García en la carta citada. Suárez de Figueroa, en la narración de estos sucesos, sigue casi invariablemente la crónica de Mariño de Lobera.

7. Fundación de la ciudad de Cañete y repoblación de Concepción

A pesar de esta obstinada resistencia de los indios y de esta incesante repetición de combates, don García estaba persuadido de que antes de mucho completaría la sumisión de todo el país. “Yo creo, escribía al Virrey su padre, que la principal causa de no venir éstos de paz es por el gran miedo que tienen de pensar que según los males que han hecho han de ser castigados, y en acabándoseles una frutilla que tienen en el monte, con que hacen chicha y se emborrachan, vendrán todos de paz porque no pueden dejar de hacerlo, porque estamos señores de todas las comidas que tienen en el campo y casas”. En esta confianza, estaba resuelto no sólo a repoblar las ciudades fundadas por Valdivia sino a establecer otras nuevas.

Al lado sur del fuerte de Tucapel, a orillas de un pequeño río que se desprende de la cordillera de la Costa por la quebrada de Cayucupil, y al cual los indios llamaban Togol-Togol, halló don García un sitio llano y ameno vecino a aquellas pintorescas serranías. De acuerdo con sus capitanes, eligió ese lugar para establecer una ciudad, cuyos cimientos se echaron en los primeros días de enero. Diole el nombre de Cañete de la frontera, en recuerdo del título nobiliario de su padre, y de una plaza fuerte de España situada en el señorío de su familia¹⁷.

En esos mismos días se daba principio a la repoblación de la ciudad de Concepción, dos veces destruida por los indios. El Gobernador había despachado de su campamento de Tucapel ciento cincuenta hombres bajo el mando del capitán Jerónimo de Villegas, soldado de toda su confianza, que además de su carácter militar desempeñaba a su lado el cargo de administrador del tesoro. Por más que los indios no estuvieran en situación de atacar al grueso del ejército español, se mantenían armados, como hemos dicho, en todos los campos vecinos y atacaban a las columnas o partidas que se alejaban del campamento. El capitán Villegas tuvo por esto que hacer su marcha con las mayores precauciones. Sabiendo que los indios lo esperaban en la cuesta de Mariguenu o de Villagrán, donde podían despedazarlo, se vio forzado a dar un largo rodeo. Atravesando la cordillera de la Costa un poco al norte del campamento de los suyos, se dirigió al Biobío para pasarlo a muchas leguas de su embocadura; lo atravesó en balsas construidas provisoriamente, y sin haber sido inquietado por el enemigo durante su marcha, llegó en los primeros días de 1558 al sitio en que se había levantado Concepción. Después de repartir los solares a los nuevos vecinos que debían establecerse allí, el 6 de enero plantó en la plaza la cruz, erigió el rollo o picota, como lo hacían los españoles en las nuevas fundaciones, y nombró el Cabildo con sus alcaldes, regidores y demás funcionarios¹⁸. Aquellos pobladores se prepararon para dar principio al cultivo de los campos y renovar las plantaciones que habían sido destruidas por los indios.

¹⁷ La pequeña ciudad de Cañete en la provincia de Cuenca, célebre en la historia moderna de España por la resistencia que allí organizaron los carlistas durante la guerra civil en 1839 y 1840. El padre de don García, el virrey don Andrés Hurtado de Mendoza, fundó también la ciudad de Cañete en el Perú.

¹⁸ El cronista Góngora Marmolejo, cap. 27, fija la fecha de la tercera fundación de Concepción en 5 de enero de 1558. Los cronistas que conocieron el acta de la fundación, la fijan el 6; pero en Córdoba y Figueroa, lib. II, cap. 19 que tuvo a la vista esos antiguos documentos, se lee, tal vez por error de copia, 16 de enero.

La repoblación de esa ciudad fue el origen de una medida violenta del Gobernador que ofendió a los primeros conquistadores perjudicándolos en sus aspiraciones y en sus intereses. Al decretar el repartimiento de las tierras y de los indios de la comarca vecina, don García no tomó en cuenta para nada las concesiones hechas por Valdivia en 1550. Lejos de eso, después de consultarse con los letrados que lo acompañaban, había hecho pregonar solemnemente que esos repartimientos estaban vacos por haberlos abandonado sus antiguos encomenderos cuando despoblaron Concepción en 1554 sin haber tratado primero de resistir la rebelión de los indios. La segunda repartición se hizo en conformidad con esta disposición de don García. Los beneficiados fueron en su mayor parte soldados nuevos en la guerra, hombres valientes y meritorios, sin duda, pero que no habían tomado parte en las primeras campañas de la conquista¹⁹. Esta conducta del Gobernador no podía dejar de producir celos y rivalidades entre sus capitanes, ni de dar lugar, como dio en efecto, a las quejas y acusaciones de algunos de los viejos conquistadores.

8. Combate del desfiladero de Cayucupil

Los españoles habían arrollado hasta entonces todas las resistencias que les opusieron los indios; pero su situación era extremadamente difícil, y tenían que vencer dificultades de otro orden. Al lado del cansancio que debía producirles aquel continuo combatir, comenzaron a experimentar privaciones que ponían a prueba su constancia y su entereza. Aunque siempre vencedores en los combates, no eran en realidad dueños más que del campo que pisaba su ejército. Aquel estado de cosas casi equivalía a hallarse bloqueados por el enemigo.

La escasez de víveres comenzaba a ser alarmante. Por más provisiones que hubiera llevado don García para su campaña, la manutención de su ejército y de los numerosos auxiliares que lo seguían, debían agotarlas prontamente. Los bastimentos tomados al enemigo satisfacían, en parte, esta necesidad, pero consistían sólo en maíz y un poco de trigo, cuyo cultivo introducido pocos años antes por los españoles, había sido continuado, aunque en pequeña escala, por los indios. El ejército acampado en Cañete llegó a pasar cuarenta días sin probar un bocado de carne²⁰.

En aquellas circunstancias, toda su esperanza de socorro debía cifrarse en las dos ciudades del sur: la Imperial y Valdivia. Esas dos pobres poblaciones que desde 1554 estaban casi incomunicadas con el resto de la colonia, que habían pasado cuatro años consecutivos con las armas en la mano, llegaron, sin embargo, a constituir un valioso depósito de recursos para los acantonamientos en que se hallaba el ejército conquistador. En efecto, la industria de los españoles, a pesar de tantas contrariedades, se había aumentado considerablemente en aquellos

¹⁹ Entre los favorecidos con los nuevos repartimientos había, sin embargo, algunos capitanes que servían desde el tiempo de Pedro de Valdivia; pero Hurtado de Mendoza no se proponía premiar otros servicios que los que se habían prestado bajo su gobierno. Uno de ellos, el capitán don Pedro Mariño de Lobera, aunque favorecido en esta ocasión, ha tenido la honradez de censurar la conducta de don García, de quien, por otra parte, era un ardiente admirador. Véase su *Crónica*, lib. II, cap. 9.

²⁰ Carta de don García al Virrey su padre, Cañete, 24 de enero de 1558.

lugares. En la Imperial se había desarrollado la crianza de cerdos. En Valdivia, cuyos alrededores fueron menos amagados por los indios, el cultivo del trigo había prosperado.

Don García recurrió a aquellas ciudades en busca de los socorros que necesitaba. A mediados de enero despachó veinte soldados de caballería bajo las órdenes del capitán don Miguel de Velasco y Avendaño para que le trajeran de la Imperial una partida de cerdos a cuenta de los impuestos que los vecinos de esa ciudad debían haber pagado al Rey. El capitán Diego García de Cáceres debía adelantarse hasta Valdivia, tomar el mando de esta ciudad y remitir a Cañete un cargamento de trigo para alimento de la tropa y para semilla con que hacer los nuevos sembrados. El buque que acompañaba a los españoles en esta expedición, debía dirigirse a aquel puerto para prestar este servicio.

La pequeña columna de Avendaño no tuvo que experimentar contraste alguno durante su marcha. Los habitantes de la Imperial la recibieron con gran satisfacción, y le suministraron los víveres que pedía, mil quinientos cerdos y numerosas cargas de granos y de galletas²¹. El camino de la costa era el más directo para volver a Cañete; pero está cortado por numerosos riachuelos que arrastran un caudal bastante considerable para hacer dificultoso su paso a las piaras de cerdos. Por esta razón, sin duda, estaba convenido que Avendaño volviese por el valle central hasta Purén, y que de allí pasase a Cañete atravesando la cordillera de la Costa por el desfiladero donde nace el río Cayucupil o Togol-Togol, en cuyas márgenes estaba asentada esa ciudad²². Don García había encargado a los suyos que cuidasen ese socorro de ganado tanto como sus propias vidas.

Los astutos guerreros de aquellas inmediaciones, supieron que los castellanos esperaban este socorro. Para adormecer toda sospecha, en la víspera del día en que debía llegar el ganado, enviaron a Cañete emisarios de paz a hacer al Gobernador las más artificiosas protestas de obediencia y sumisión. Don García los recibió benignamente, les hizo los obsequios de ropa que acostumbraba dar a los indios en estas conferencias y los despachó después de encargarles que representasen a los suyos la conveniencia de poner término a una guerra tan inútil como sangrienta. Pero la experiencia había enseñado al Gobernador lo que valían las promesas de esos bárbaros; y lejos de confiar en sus palabras, mandó que en la medianoche se pusieran sobre las armas cien hombres, y que ocultando sus movimientos,

²¹ Ercilla, que formaba parte de la columna de Avendaño, ha contado esta expedición en las últimas estrofas del canto xxvii de *La Araucana*. Dice así una de ellas:

“Aunque con riesgo, sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde a los moradores de uno en uno
Con palabras de amor los obligamos
No sólo a dar graciosa la comida,
Pero a ofrecer también hacienda y vida”.

²² Hablando de este río, sobre cuyas márgenes fue fundada la ciudad de Cañete, dice Ercilla, canto xxx, est. 25 “que muda de nombre en cada asiento”. En efecto, era llamado alternativamente Cayucupil, Togol-Togol, Nuelas, y más adelante, cuando sus aguas son engrosadas considerablemente con las que salen del lago Nalalhue, toma el nombre de Paicaví. En este punto, como de ordinario, las indicaciones geográficas de Ercilla, por sumarias que sean, son de la más admirable precisión.

marchasen bajo las órdenes del capitán Alonso de Reinoso al desfiladero de Cayucupil por donde debía llegar el socorro que traía el capitán Avendaño. El resultado demostró cuán fundada era la previsión del Gobernador.

El capitán Reinoso desempeñó esta comisión con toda la actividad que solía poner en los negocios de guerra. Al amanecer del 20 de enero estaba en la entrada del desfiladero a tiempo que por el lado opuesto llegaba el capitán Avendaño con sus ganados y bagajes. A pesar de los reconocimientos que hicieron practicar, ni uno ni otro habían visto un solo enemigo en los alrededores. Pero cuando hubieron llegado a la parte más estrecha, allí donde las laderas escarpadas la encerraban por cada lado, y donde el arroyo que corría por el fondo apenas permitía andar dos hombres de frente, la columna española se vio repentinamente acometida por un turbión de indios que desde las alturas lanzaban gritos terribles de guerra y de sangre. Inmediatamente cayó sobre los castellanos una lluvia de flechas, de maderos y de piedras que echando al suelo a muchos de ellos, introdujo entre todos la mayor confusión. El ganado se desbandaba, las cargas eran tiradas por tierra, los soldados desenvainaban rabiosos sus espadas, pero toda lucha parecía imposible en esas condiciones. Los castellanos debían resignarse a morir sin tener siquiera la satisfacción de vender caras sus vidas; y, sin embargo, no desesperaron de alcanzar la victoria.

Pero los indios, seguros de su triunfo y cegados por la codicia más desenfrenada, no supieron aprovecharse de las ventajas de su situación. Temiendo que se les escapara el botín que pensaban recoger en la jornada, comenzaban a bajar de las alturas, y embistiendo impetuosamente sobre los yanconas o indios de servicio que cuidaban del ganado y de las cargas, principiaron a repartirse el botín. Mientras tanto, el valiente Reinoso reunía a los mejor dispuestos de sus soldados. Con ellos, y escalando las laderas de la montaña por penosos despeñaderos, llegaba a las alturas y rompía el fuego de arcabuz sobre los indios. Aprovechándose de la desorganización del enemigo, los españoles de la quebrada se rehicieron y ayudaron al ataque. Después de cuatro horas de combate se introdujo la más espantosa confusión entre los mismos indios que un momento antes se creían vencedores. Desconcertados por la impetuosidad de los castellanos, y viendo tendidos en el campo a algunos de los suyos, los indios tomaron la fuga con las cargas y bagajes que habían arrebatado, y fueron a ocultarse en los bosques de las montañas vecinas, donde toda persecución era imposible.

En la tarde de ese mismo día entraban los expedicionarios a Cañete. Volvían vencedores de los indios en una jornada en que debieron sucumbir, pero todos estaban heridos o estropeados, y sólo traían consigo una parte del convoy que habían sacado de la Imperial. El Gobernador, sin embargo, los recibió en triunfo. Sus cañones los saludaron con una salva, y las músicas militares hicieron oír los acordes de victoria. El valiente Reinoso, el héroe de la jornada, fue agraciado con el premio que más codiciaban los conquistadores. "Le di a escoger, dice don García, de los repartimientos que tenía vacos, el que mejor le pareciese"²³.

²³ La batalla de la quebrada de Purén, como se la denomina ordinariamente, o del desfiladero de Cayucupil, como debiera llamársela, ha sido contada por Góngora Marmolejo, cap. 27, y por Mariño de Lobera, lib. II, cap. 7; pero es preferible a todas la descripción que hace Ercilla en el canto XXVIII. El poeta fue actor en esta jornada, y de los primeros que subieron a las alturas con el capitán Reinoso.

La fecha exacta de la jornada, 20 de enero de 1558, aparece de una antigua información de servicio de Nuño Hernández, uno de los militares españoles que mejor pelearon ese día. Don García Hurtado de Mendoza, en su

carta al Virrey, de 24 de enero de ese año, habla de este suceso como recién ocurrido. Mariño de Lobera, en el capítulo citado, dice que tuvo lugar "el jueves 20 de marzo". Suárez de Figueroa, que en la relación de estos sucesos ha tenido por guía principal y casi única, aquella crónica, repite esta misma fecha. Sin embargo, el 20 de marzo de 1558 fue domingo, mientras que el 20 de enero fue efectivamente jueves, lo que hace creer que en aquella equivocación hay sólo un error del copista.

Hablando del convoy que sacó de la Imperial el capitán Avendaño, Ercilla y Góngora Marmolejo dicen solamente que iba en él una cantidad considerable de ganado. La crónica de Mariño de Lobera especifica que eran más de dos mil vacas, lo que haría creer que en esos años ya se había propagado considerablemente el ganado vacuno, que, sin embargo, era todavía muy escaso en todo Chile. La relación citada del mismo Gobernador, desvanece por completo este error. Dice allí que ese ganado era "obra de mil quinientas cabezas de puercos".